

EL AÑO QUE VA A PASAR

Cena con Ramón Tamames

Ceno con Ramón Tamames. Acaba de presentar su «Diccionario de economía». La obra se venderá bien. El Diccionario de Ramón nos acerca, con rigor y sencillez al mismo tiempo, el lenguaje esotérico de la ciencia económica. ¿Ciencia? Siempre empleo con reservas este término cuando lo aplico a las llamadas ciencias sociales, en las que la variabilidad y la convención destacan con mucho sobre la exigencia objetiva y los procesos de razón abstracta. De cualquier forma la economía se ha instalado como ciencia en el comercio de los saberes y no merece la pena dedicar al tema más que una leve puntada.

Insisto en que el libro de Ramón Tamames facilita al común de los mortales la visión de la economía como menester asumible e inteligible, lo que es muy de agradecer por cuanto el ciudadano normal no se atreve a entrar en debates políticos en que medie lo económico, que es como decir casi todos, dado que lo económico se nos presenta con un aire hermético y en lengua no franca. Con el libro de Ramón en la mano la economía deja de constituir una especie de difícil, abstracta teología. Libro, pues, para figurar en los hogares del ciudadano que ha de formarse criterio sobre lo que nos pasa.

La cena con Ramón deriva rápidamente hacia la reflexión política. Se le acusa de errático. «Has pasado del comunismo a posiciones difusas», le dice alguien, que le apremia a definirse por fin. Ramón está en un período de clarificaciones metodológicas y de dudas funcionales y lo subrayo sin empacho alguno. Pero posee una seguridad profunda sobre la necesidad de un frente progresista desde el que recuperar una política social y zosegante. El paro, la transparencia administrativa, el protagonismo real de lo popular, la ciudad del Estado, la modernidad asumible... Ramón anda en esas posturas, como un nuevo regeneracionista. La derecha y la izquierda institucionales y visibles —Alianza y PSOE— no parecen hallar soluciones para todo eso. La oscuridad es creciente, como creciente es la subordinación a poderes ajenos. Ramón cree que ha llegado la hora de recuperar una historia propia, sin olvidar los lazos que atan a España con organizaciones que cree inevitables, como la Comunidad Europea. Por mi parte, y sin negar sustanciales coincidencias con el progresismo

de Ramón, sigo creyendo que el camino de España ha de hacerse de otra forma, sin someterse a todas esas uniones en cuyo seno no somos más que un factor de consumo y de plusvalías. Se ha de vivir, esto es así, junto a esas unidades, pero sin incardinarse en ellas. Como consumidores somos necesarios, pero hemos de conservar nuestra soberanía como productores. La población española no cabrá jamás en la economía unitaria de Europa, que es una economía de élites, de zonas privilegiadas, de clases concretas. Se crece para la élite. La economía de la expansión general parece haber pasado al terreno de lo irrealizable.

El problema del progresismo es que necesita una concreción ideológica con pocos postulados, pero sumamente movilizados. Yo no creo que el progresismo haya de aceptar la teoría de que ha de hacerse hoy una política de cosas, una política de remedios concretos que los instalados en el poder denominan como pragmatismo. Ni mucho menos. La ciudadanía sólo puede ser movilizadora con tres o cuatro grandes ideas que esa ciudadanía pueda protagonizar soberanamente. Porque la cuestión está en el protagonismo popular, que hoy aparece como imposible a los ojos de las masas. Por ahí hay que romper la costra de la indiferencia del electorado, que vota hoy con absoluto desahogo a lo que vota. Evidentemente este tipo de movilización no es posible hacerlo desde un único partido político sino desde una plataforma o unión que recupere para la calle la gran baza —ideológica, sobre todo— de la soberanía popular. La calle precisa con urgencia tomar conciencia de sí misma. Sólo en la medida que se sienta en el ejercicio de esa conciencia podremos hablar de una recuperación colectiva del sentido político. En 1931 la República actuó de suscitadora de esa conciencia del pueblo; de incitadora y de marco de la misma. Tras la República se suponía la posibilidad de una política popular en cuanto al empleo, la educación, los servicios, la honestidad y, sobre todo, la transparencia. La República significaba la reasunción del español por sí mismo tras siglos de ajedamiento respecto a su propia vida.

A mí me parece que en la cabeza de Ramón se está cocinando una iniciativa de progresismo tal como la que hemos querido describir. De

lo que ya no estoy tan seguro es de que crea en la posibilidad inmediata de esa iniciativa. Más aún, podría Ramón pensar en una etapa intermedia y vial que estaría a cargo de otro regeneracionista en cierto modo: Adolfo Suárez. Suárez tal vez sea el eslabón perdido para pasar a la España de la convivencia ilustrada. Suárez tiene una vena de civilidad muy notable. Y es un cisneriano, es decir, un hombre que ama profundamente al Estado como marco integrador. Durante un tiempo España quizá haya de transitar por la propuesta suareciana antes de ganar la otra orilla, la orilla de la gran política popular. Sobre Suárez tal vez vayan confluendo los que, desamparados al fin por el socialismo, habían llegado a creer en una posibilidad de postura plenamente nacional ante hechos como la OTAN, la reindustrialización necesaria, la nitidez de las actuaciones administrativas y la reordenación de prioridades en el gasto público. Y sobre Suárez posiblemente confluyan también los que desde la derecha soñaban con una política avanzada, aunque de gesto conservador. Alguna derecha española, singularmente la que proviene de ciertos sectores de la Iglesia, siempre ha soñado con una política social transida de cierto populismo.

Suárez podría ser todo eso si acertara a protagonizar con audacia una propuesta integradora de tantas y tantas ambiciones que conforman el progresismo posible en estos momentos. Y Ramón lo sabe. Lo que por mi parte no sé es si Ramón está dispuesto a jugar la carta de la nueva transición suareciana o, por el contrario, sueña con situarse a la izquierda de esa transición para ensayar otros sueños de futuro. De todas formas queda poco tiempo para que las aguas se clarifiquen. Las próximas elecciones ya han iniciado su carrera ante electoral, que creo va a ser larga. Por su parte el Gobierno ha empezado a mover los peones porque sabe dos cosas seguras, pero enormemente contradictorias: que aún tiene en su mano una parte sustancial del voto español, pero que los españoles reprobaban una gran parte de la actuación socialista. La paradoja está funcionando. Y a orillas de la paradoja gentes como Suárez o Tamames han de aclararse con nitidez qué es lo que pretenden.

Escritor

Isilkeriak

Bi berri larri hauek ez dira lau haizeetara zabaldu.

Nik bederen ingelesezko prentsan irakurri ahal izan ditut bakarririk.

Hona lehenengoa. Eskozian, Sellafielden, Dounreay deritzon Zentrale Nuklearrean zehazkiago, bazegoen munduko plutonio fabrikarik handiena eraikitzeako asmorik. Eta ekologistek arriskua salatu zuten.

1985an COMARE izeneko Batzorde Teknikoa sortu zen (Committee on Medical Aspects of Radiation in Environment). Eta honen Txostenak asaldatu zituen bazterrak: Sellafield-eko eskualdean, estatistikoki, eta 1979-1984 urteetarako, haur-leukemia kasu bat espero zitekeen. Hots, COMARE Batzordeak bakar hori ez-baina sei leukemia aurkitu zituen.

Bide beretik, Chernobyl-en zer gertatu den aztertzeotan, Valery Lezasov zientzialaria izendatu zuten 1986an. Hots, Legasov honek, bere 51 urteetan, eta bere ikerlana dextente abiatu zuelarik, bere buruaz beste egin du.

Zergatik? «Pravda-k berak azaldu duenez, Legasov-ek Zentralearen erabilpenean aurkitu zituzten ahuleziak; eta, aparatoari kasorik ez eginez, salatu egin zituen.

Lemoizen kontrako borrokak, horretara, bere benetako izaria hartzen du.

Eta Lemoizen bitartez Euskal Herriari gerta zekizkioken arrisku larriak haseratik beretik salatu zituzten pioneroen zehatzasuna eskertzeko una etorri da.

Oraindik ere izkutukoriei eutsi, eta honi guztiari ez-entzuna egin nahi ditenez, zer esango?

TXILLARDEGI

hemeroteca

Por un pacto social vasco

(vicente copa, «El Diario Vasco», 25-VI-1988)

Los escépticos sobre la virtualidad del pacto de Ajoura Enea para la «normalización y pacificación de Euskadi», suscrito el pasado 12 de enero, no tienen motivo para seguir siéndolo. En estas últimas semanas se ha podido comprobar que los seis partidos firmantes han hecho honor a lo que se comprometieron. Y ahí están actitudes unitarias como nunca antes se habían producido. El pacto valió. Primero, sociológicamente. Y más tarde, cuando la ocasión lo ha requerido, en la práctica. (...)

Las centrales sindicales están, muchas veces por la misma presión de la conflictividad, cayendo en el asamblearismo, esto es, en la práctica de someterse puntualmente, con ocasión de cada acuerdo o decisión, al refrendo de las bases. De tal manera que se está transformando la validez de la representatividad de los trabajadores que consiste, precisamente, en su fiabilidad y en su capacidad vinculante. (...)

Tampoco puede olvidarse que el sindicalismo en el País Vasco presenta una estructura muy especial

porque dos centrales —y ambas importantes— son nacionalistas, ELA-STV y LAB. La primera, con una plena disposición de integración en el sistema, pero la segunda extra muros de él y estrechamente vinculada a opciones ideológicas que impugnan el marco jurídico-político vigente.

El Gobernador Civil

(Adolfo Careaga, (El Correo Español, 25-VI-1988)

Hace poco aún el máximo líder del nacionalismo, don Xabier Arzalluz, declaraba «nosotros buscamos que Euskadi sea independiente, un Estado. En la bandera de la Comunidad Europea que ha ondeado en todos los batzokis el día de Europa, hemos puesto una estrella más, trece en lugar de doce. Esto es de lo más separatista y demuestra que queremos estar en Europa como los demás Estados».

En estas circunstancias sería seguramente un lamentable error apoyar las pretensiones nacionalistas. Se pide la abolición de los gobernadores civiles como se pide que se quite la bandera nacional de la fachada de los ayuntamientos, el castellano de las escuelas o la Guardia Civil de sus cuarteles. Gobernadores, bandera nacional, castellano o Guardia Civil son re-

cuerto y presencia de España. Y de lo que se trata es de borrar esa presencia de la vida vascongada.

Barrionuevo, vídeos ilegales

(Pilar Urbano, «Diario de Navarra», 25-VI-1988)

Porque no es que «roce» la ilegalidad, como han sugerido algunos diputados, es que conculca, al menos, seis preceptos de nuestra Carta Magna: 16, 18, 19, 20, 21 y 23. Salvo que yo no sepa leer. Y sin necesidad de ser diputada, formulo desde aquí tres preguntas al ministro del Interior. Una: ¿Qué uso, policialmente «eficaz», se hace de esas filmaciones? La respuesta tendría que ser con nombres y apellidos de los detenidos en virtud de esos documentos gráficos. Y aun así, sería una práctica válida pero ilícita. Dos: ¿Se filman también las manifestaciones de HB y comparsas filioctarras, y los actos públicos de homenajes mortuorios a los «héroes» de ETA? ¿Sería tan interesante saberlo! Y tres: Ya puestos a ejercer de Gran-Hermano-Vigilante, ¿no han pensado que todo ese dineral de cámaras, operadores y pastillas de video estaría mucho mejor invertido si se aplicase a «detectar el delito» en «lugares de trán-

sito público», verbigracia: compra, venta y consumo de droga, travestismo y oferta de «mercancía» de prostitución, robos de accesorios de coches, atracos a transeúntes... etc.? Ahí, ahí: al delincuente; no al manifestante.

Bilingüismo

(Pedro Lain Entralgo, «El País», 24-VI-1988)

Sólo un camino hacia su meta veo yo: enseñar en catalán, y a ha-

blar, leer y escribir en catalán; enseñar en castellano, y a hablar, leer y escribir en castellano. En catalán, para que los catalanes pertenezcan mental y cordialmente a su propio pueblo; en castellano, para tener como suyo el tesoro idiomático, intelectual y literario que ofrece la lengua castellana y, por añadidura, para comunicarse plena y eficazmente con los millones y millones que en el mundo la hablan. (...)

